

ALFONSO JUNCO INGRESA EN LA ACADEMIA MEXICANA DE LA LENGUA

Por J. R. de A.



LA última sesión pública y solemne de la Academia Mexicana de la Lengua tuvo un doble objetivo: conmemorar, de un lado, el LXXV aniversario de su constitución como filial de la Real Academia Española, y de otro, recibir en su seno como académico de número al brillante escritor y destacado hispanista don Alfonso Junco.

Aniversario de la fundación de la Academia Mexicana.—Fecha gloriosa en los anales de la cultura de México fué la del 11 de septiembre de 1875, día en que se constituyó por vez primera la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Española, y que como ésta, y en fraternal colaboración, se propuso desarrollar una tenaz labor en defensa del idioma común, amparando a la vez en su país aquellas iniciativas de orden intelectual que se hicieran merecedoras de tan alto apoyo.

Hoy, después de tres cuartos de siglo de constante y fecunda tarea, observamos cómo el propósito inicial se ha convertido en tangibles realidades, y sus desvelos en pro de la conservación y pureza de nuestra lengua han marcado, por así decirlo, un hito de trascendental importancia en la vida cultural mexicana.

Perenne recordación merecen aquellos primeros académicos

—García Ycazbalceta, Roa Bárcena, Arango y Escandón, De la Peña, Orozco Berra y Pimentel— que cimentaron con tan certera visión patriótica este formidable bastión de nuestro idioma, que, conjuntamente con la Academia Española, desarrolla su cometido, fieles las dos a una misma tradición cultural, entendida ésta en un sentido vivo y dinámico.

Correspondió al actual académico don Alberto María Carreño el discurso conmemorativo y resumen de los trabajos llevados a cabo por la Academia Mexicana, afirmando muy acertadamente en su disertación que «el pueblo que conserva incólume su lengua, incólume conservará también su libertad».

Recepción de don Alfonso Junco.—Escogió Alfonso Junco como tema central de su discurso de ingreso en la Academia la figura de su padre, don Celedonio Junco de la Vega, eximio poeta mexicano, que también había pertenecido en vida a esta prestigiosa institución. Nadie como él podía hacer revivir con más fidelidad ni con más íntima emoción la múltiple personalidad de su padre, que, como él, fué también poeta, escritor y periodista. Don Celedonio Junco —dijo— tenía para todos el corazón en la mano y a todos arrebatava el corazón. Y así, con impecable estilo y filial cariño, quedó perfilada la figura de este prócer de las letras mexicanas.

Correspondió a don José Vasconcelos el protocolario discurso de contestación. Es Vasconcelos uno de los cerebros más fuertes y admirados de Hispanoamérica, y nadie hubiera logrado, como él, hacer una biografía más exacta de Alfonso Junco. Fué la suya una lección magistral, brillante y justa. Al margen de lo protocolario, su palabra precisa, su concepto claro y exacto, su fina percepción psicológica, dieron en todo momento el perfil adecuado y el claro oscuro preciso a la varia y singular personalidad del gran hispanista. En Junco —afirmó Vasconcelos— se dan tres calidades excelsas que pocas veces se dan con igual proporción y armonía en naturaleza tan confusa como la del hombre: el poeta sublime, el escritor valiente y probo y el ciudadano digno e insobornable. Admirable síntesis que retrata la conducta de un hombre que empieza con ser intransigente consigo mismo, para con la máxima

autoridad arremeter contra todo lo que quiebre la limpia línea de la rectitud, de la lealtad y del honor. Polemista hábil, ajeno a convencionalismos y mitos, y católico auténtico, Junco, a pesar de su natural pacífico, pelea —en esta hora del mundo acomodaticia y saturada de claudicaciones— contra todo lo que sea falso, deshonesto o turbio. ¡Y de esto nosotros los españoles tenemos buenas y generosas pruebas!

No es Junco hombre de atajos, sino de camino real, que marcha, como buen caballero, a cuerpo descubierto, sin más arma para defender y defenderse que la verdad, y por ello a su llegada a la Academia Mexicana pudo afirmar Vasconcelos que si bien tiene generoso el ánimo y blando el afecto, la espina dorsal la tiene muy dura. Para recibirlo según merece, ¡es menester ponerse de pie! Más que al poeta —continúa— admiro al polemista, al viril escritor incorruptible, al defensor leal, decidido y valeroso, del Catolicismo; y termina Vasconcelos con esta frase contundente su discurso: «Ni el Estado ni la Academia podrán crear la honra. Junco viene a darla más que a recibirla.»

